



En real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y á rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

PERTENECIENTE Á LA BIBLIOTECA POPULAR.

Está ya terminada la nueva impresion de esta obra.

Los suscritores que la tienen pedida la recibirán con la próxima remesa, y los que quieran recibirla se servirán dar el oportuno aviso, por conducto de los señores corresponsales.

Se ha concluido la edicion de la *Historia de la Revolucion de Inglaterra*, por Guizot. Cuando sea posible hacer una nueva avisaremos oportunamente; por ahora nos es imposible servir pedido alguno de esta obra pues no queda ni un solo ejemplar de la primera tirada.

PETERS.

Hacia algunos años que habitaba en la isla de Ceilan; y un dia de los mas calurosos del estío á las cinco de la tarde, sali para distraer mi imaginacion, á pasear por entre un bosque y la orilla de la mar, que distaba poco de mi casa. Apenas me habria internado doscientos pasos por medio de aquellas espesas arboledas, cuando percibí un ruido ligero como el que haria una persona que tropezase con las hojas de los árboles. Por un momento fijé mi atencion, pero habiendo cesado continué mi paseo anudando el hilo de mis reflexiones, cuando el mismo ruido otra vez vino á distraerme. Entonces me detuve, miré á todas partes y descubrí al través de la frondosidad de los árboles, dos ojos pequeños y relumbrantes, de figura de almendra y que me miraban fijamente con cierta expresion de doltura. La cabeza á que pertenecian era casi redonda; la nariz era corta y pequeña y dos labios encarnados y dos filas de dientes blancos como la leche, componian todas las facciones de un rostro casi agradable. A primera vista, el color de la piel de aquella figura era el de un raton jovencillo, solo que participaba de alguna tinta un poco mas clara.

Mientras, traté de enterarme de la especie á que pertenecia aquella criatura, satisfaciéndome mi curiosidad con un movimiento repentino que

la descubrió á mis miradas. Al punto me dirigí á cogerla, pero en menos de un segundo trepó á la cima de un cocotero. Entonces fué cuando pude formar idea de la flexibilidad de sus miembros y apreciar su elevada estatura que me pareció como de unos cuatro pies y dos ó tres pulgadas. Aquella criatura desde una rama donde estaba sentada me examinaba con la mayor escrupulosidad, y habiéndome yo hecho una seña para que bajase, imitó mi ademán convidándome á que subiera donde ella estaba, invitacion que era para mí muy difícil aceptar.

Una parcion de viajeros me habian ofrecido con frecuencia la ocasion de estudiar y comparar las diferentes especies de monos; los orangutanes, los jocós y los pungos, y conoci desde luego que el individuo que tenia á mi vista, pertenecia á la familia de los últimos. Yo le bauticé llamándole Peters.

Siempre que salia yo al campo para espaciarme en mis largos pasos, acostumbraba á llevar un pedazo de pan que echaba á los pájaros; pero viendo que Peters me convidaba con ávida mirada, me acordé del pan y lo tiré al suelo. No bien lo vió, cuando con la rapidez del relámpago se descolgó del árbol, lo tomó, le dió muchas vueltas, me dirigió una mirada triste, echó al pan otra en que espresaba su inquietud y desconfianza y por último lo dejó. Yo que sabia que es natural á los jocós y á los pungos esta especie de vacilacion, recogí el pan, y para hacerla desaparecer comí la mitad y arrojé el resto. Entonces precipitándose lleno de alegría y saltando sobre lo que yo habia dejado, lo comió sin titubear; en seguida cogiendo otro pedazo que no habia querido antes, se le comió tambien despues de oírlo en todos sentidos.

Como Peters viese que yo me quedaba inmóvil en el mismo sitio considerándole, estendia su mano hacia mí con cierto ademán de impaciencia, con el que parecia quererme significar que le diera mas, y yo entonces le echaba pedazos de pan que recogia con la misma avidex que los primeros; pero así que notaba me iba acercando á él, huía de manera que mediase entre nosotros siempre la misma distancia. Conociendo que seria inútil cuanto hiciese para acercarme á él, le volví la espalda dejando caer por el camino pedazos de pan que recogia siguiéndome con precaucion, y de cuando

en cuando lanzaba agudos chillidos dulces, argentinos y prolongados, cuyas variadas modulaciones querían significar alguna cosa. Últimamente viendo que ya no le daba ya mas pán, adoptó una resolución instantánea, que fué subirse á un cocotero y echarme á los pies una porcion de nueces. Entonces abrió una con un cuchillo que llevaba siempre por precaucion, y hebl un poco de leche y comió la mitad, dejando la demás para Peters que lo comió en seguida. Cuando empezó á ascacocer y me retiraba á casa, me seguía el pongo á cierta distancia, pero viendo que no le hacia caso se quedó parado mirándome con tristeza, y por último se retiró lentamente al bosque.

Al dia siguiente casi á la misma hora volí al bosque y encontré á Peters en el mismo sitio que la víspera, echado en las ramas de un árbol y mirando á través de las hojas. Así que me vió vino corriendo hácia mí con grandes demostraciones de alegría, y sin poder ya contener la violencia de su carrera llegó casi hasta tocar mis vestidos; pero no por eso se mostró mas confiado, sino que al momento trepó sobre un árbol de mas de doscientos pies de altura. Yo para disipar sus temores seguí con indiferencia andando y echándole pedazos de pan; Peters bajó del árbol y lo comió despues de olerlos, para cerciorarse de si eran de la misma especie que los del dia anterior. Llevaba tambien algunos bizcochos, y partí uno de ellos y le eché la mitad que la recogió en el aire con la mayor destreza; pero le olió, le dió vueltas y considerándola con desconfianza la tiró. Entonces de la otra mitad del bizcocho comí un poco y le arrojé el resto que recogió al punto lo mismo que el pedazo primero, y no hay ninguna especie de aroca ni de salto que no hiciera para espresarme su alegría, acercándose á mí de cuando en cuando y alargando la mano pidiendo bizcocho.

Se repeta todas las tardes la misma escena, saliendo yo de casa con los bolsillos llenos y regresando con ellos vacíos, y cada vez que daba á Peters algun manjar nuevo, manifestaba la misma desconfianza que con el pan y el bizcocho, teniendo paciencia para que lo comiera de valerse de los mismos medios que con aquellos.

Acostumbrado á verme todos los dias esperaba ya siempre mi llegada. Un dia salió á mi encuentro para recibirme, cargado con una porcion de cocos, y esta vez no pude menos de admirar su instinto. Yo esmagé dos de los mejores, los abrí, y despues de comerme uno, dejé el otro y me retiré á alguna distancia para que tuviese libertad de tomarlo. Cuando llegó la hora de retirarme me dió gana por diversión de hacerle una cortesía despidiéndome de él, al mismo tiempo que un gran saludo quitándole el sombrero; al pronto se quedó mi pongo como confundido; pero no tardó para imitarme en busear un medio de salir de apuros; con la mayor diligencia vi, sin penetrar su intento, que arrancaba hojas de banano, y en un momento las tegió de manera que construyó

una especie de sombrero, y poniéndosele en la cabeza, me volvió el saludo con la mas cómica gravedad; despues nos separamos y así poco á poco y por grados fué desapareciendo la desconfianza de Peters, hasta el estremo de que ya estaba á milado sin experimentar la mas leve inquietud.

Un dia fui al bosque á la hora misma que acostumbraba pero no hallé á mi amigo. Me senté para esperarle y al cabo de un larguísimo rato apareció corriendo, con la misma agilidad y diligencia que siempre; estaba muy fatigado y laofrección bizcocho y un poco de vino, invitándole al mismo tiempo á que descansase; pero él bebiéndose de un solo trago el vino, y dejando el bizcocho, me cogió de una mano procurando conducirme á lo mas espeso del bosque. Aquí debo confesar que vacilé seguirle porque no me disgustaba mucho la idea de encontrarme entre un escesivo número de monos de esta especie, de quienes difícilmente podría defendermé; pero á pesar de todo, y despues de reflexionar un momento, dominé este involuntario sentimiento de timidez que me reprendía á mí mismo y le seguí. Peters manifestaba una impaciencia cuyo motivo no podía yo penetrar.

En fin, despues de andar cosa de un cuarto de milla por medio de espesuras y jarales, llegamos, no sin trabajo por mi parte, junto á un grupo de cocoteros en medio del que con grande sorpresa mía descubri una regular y reducida choza, bien construída y cubierta de hojas. Entonces me acordé de lo que han escrito muchos viajeros célebres y nuestros primeros naturalistas, relativamente á la existencia de estas habitaciones; y al considerar Peters mi admiracion contemplando su obra, se mostraba muy satisfecho. Frotaba una con otra sus industriosas manos y hería los aires con su chillido dulce y argentino de que he hecho mérito ya y que era con lo que espresaba sus mas grandes demostraciones de alegría. Pero muy pronto siguió á esta alegría el desanimo y el sentimiento mas profundo, al ver que no podía yo entrar por la puerta ó agujero de entrada de la choza, sin bajarme excesivamente. Mi pongo habia construído la altura de la puerta proporcionada á su elevacion y no á mi estatura; no habia su prevision alcanzado tanto.

Quedó suspenso un instante como si consum'era en su pecho la rabia que aquello le habia producido, pero de pronto arrancó la gruesa rama que determinaba la altura de la puerta; me cogió de la mano y me condujo á un sitio á algunos pasos de allí, donde tenia reunidas una pareion considerable de ramas, como depósito de materiales; en seguida me puso algunas bajo del brazo, cargó el mismo con las que pudo y me hizo señá de que le siguiera. Inmediatamente se puso á reconstruir la puerta de la choza, y una sola mirada le bastó para proporcionarla á mi estatura. Yo le ayudaba, y en poco tiempo tuvimos nuestra obra terminada. Dentro de la cabana y cerca de la puerta habia dos bancos de musgo bastante largos, y en uno de los rincones una grande provisión de cocos.

Después de dar rienda suelta á su alegría, sintió que reclamaba sus derechos la naturaleza porque sentándose en un banco, extendía hacia mí sus manos, agitándolas con gracia como siempre que quería pedirme algo. Yo entonces le ofrecí pan y huevos duros que aun no había probado y bizcochos bañados. Todo lo comió en un momento; y á juzgar por el énsia con que lo devoraba, era de pensar que Peters había pasado toda la noche y parte del día en la obra.

Ultimamente, iba haciéndose tarde y de consiguiente me dispuse ya á regresar á mi casa. No es posible describir la sorpresa y el sentimiento de mi pungo al ver que trataba de marcharme. Quedóse como petrificado, sin movimiento y aunque sin intentar oponerse formalmente á mi paso, se interponía delante de mí para que no marchase. Yo salí y él lanzó como un gemido que me hizo volver para consolarle y hacerle comprender que volvería al día siguiente. Indudablemente creo que en su cabeza había arreglado y combinado el que debíamos vivir en adelante juntos y como buenos amigos, y para esto había construido la choza y hecho provisión de nueces de coco; en una palabra, á su manera había construido un establecimiento en regla.

Todas estas pruebas de sagacidad é inteligencia me interesaron muchísimo, si bien no me sorprendieron porque sabía que los jocos y los pungos acostumbraban á vivir en chozas, y reunidos ó en familia, y que no les es enteramente desconocido el uso del fuego, solamente que saben encenderlo y no conservarlo. Además yo había visto tantas pruebas de instinto parecidas á las que diariamente me daba Peters, que no me admiraba por que estaba ya prevenido.

Al día siguiente fui al bosque mas temprano de lo que acostumbraba para entretenerme en dibujar, y con mucho trabajo hallé nuestro nuevo establecimiento. Al divisarme Peters que estaba acostado en uno de los troncos de musgo, se unió á mí saltando, y su acostumbrado chillido me hizo conocer su alegría. Llevaba conmigo aquel día un martillo, clavos y una caja que contenía diversos utensilios, dos tazas, dos vasos, algunos platos, una cafetera, yésea y eslabon. Deseaba yo poner á prueba el instinto de estos animales y ver hasta que punto podia desarrollarse, y asegurarme tambien de si los hechos referidos por los viajeros y naturalistas eran exactos; porque deba confesar que la singularidad de sus relatos me habían hecho desconfiar de su veracidad mas de una vez. Encomendé al cuidado de mi amigo estos tesoros que los consideraba con admiracion: chispeaban sus ojos de alegría al mirarlos y tocarlos, y me complacia en le cada día añadiendo al mobiliage de la choza de Peters, diversos utensilios; primeramente le llevé dos ó tres mesas pequeñas, un cántaro para el agua, algunas sillas de tigre, y en fin pieza por pieza una cómoda, que fui conduciendo yo mismo como mejor pude, porque no queria hacer confianza á nadie de mi descubrimiento.

Aunque á fuerza de paciencia y trabajo, conseguí que Peters aprendiese á poner la mesa fuera de la puerta de la choza; á cubriría con los manteles, es decir á estender sobre ella hojas de banano, á colocar dos sillas una frente de la otra, una para él y otra para mí, á adornarla con flores y hojas frescas, y á arreglar con cierta simetria las frutas, los dulces y los pastelillos que traía yo de la ciudad. Además aprendió con tan rara inteligencia y destreza á cortar rebanadas de pan y á estender en ellas la manteca, que podía apostárselas con el mejor repostero francés.

Estas graciosas escenas por su misma sencillez, se repetían diariamente sin fastidiarme, porque experimentaba el interes mas vivo en observar y seguir el progreso de los instintos de este animal. Después de comer me iba á la choza de mi pobre Peters, y en ella leía y escribía como si estuviera solo. Casi siempre á mi llegada encontraba puesta la mesa y cubierta de frugales majares.

Un día acudí felizmente mas temprano á mi visita, y estrané no encontrar como siempre al amigo Peters á la entrada del bosque; precipité mis pasos y conforme me fui acercando á la choza, comencé á oír mas claramente cada vez los gemidos del pungo. Entré corriendo en su habitacion, y vi al pobre animal tendido sobre el musgo, lleno de espinas y piedrecitas que estaban como incrustadas en las carnes de su cuerpo. Afortunadamente aunque todas sus miembros estaban desollados, no tenia fractura alguna ni mas que una herida en la cabeza no muy profunda.

Poco á poco se fué curando, y algun tiempo después comenzó de nuevo sus ejercicios habituales, mas estaba tan débil que tenia que apoyarse de un palo para andar.

Una vez me ocurrió la idea de llevar una guitarra para ver que efecto producía en él la música. Al principio se manifestó asustado, sobre todo cuando pasando sus dedos por las cuerdas, escuchó los sonidos de su vibracion, retiró rápidamente su mano y miraba con la mayor curiosidad detras del instrumento, luego denegó y por último fijó sus miradas en mí como interrogándome. Yo entonces cogí la guitarra y comencé á tocar y cantar una barcarola veneciana. La sorpresa y admiracion de Peters no podian describirse, parecia que se habían suspendido todas sus facultades, apenas respiraba.

Un día, el 28 de diciembre de 1816, excitado por no sé que secreta inquietud, salí de casa antes de mi hora acostumbrada y me dirigí al bosque. Llevaba provision de pastelillos y frutas secas de que gustaba mucho Peters. Iba yo andando cuando oí bastante delante de mí un rumor extraño; apreté el paso, y reconocí en la senda huellas de sangre, y ¡cuanto seria mi espanto, al descubrir una enorme serpiente que al pronto me pareció de las llamadas boas, pero que mirándola mas de cerca me aseguré de que era una de esas grandes serpientes de Java, de ocho ó nueve pies de longitud

que se llaman *azulamarillas*, porque su piel está toda manchada como la del tigre. El terrible reptil se había enroscado al cuerpo de Peters y sus miembros estaban ya destrozados de una manera horrible, y la sangre corría en abundancia de sus profundas heridas.

Jamás salía yo de casa sin una pistola de dos cañones, así es que al instante monté el arma y disparé un tiro á la cabeza del monstruo, pero no le acerté; disparé el otro cuando se disponía para lanzarse sobre mí, y de aquel se fué herido y huyendo, y espiró á los pocos pasos.

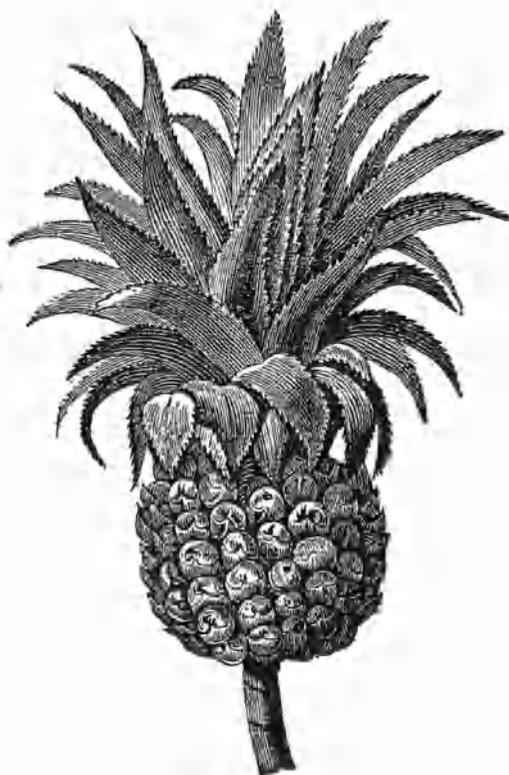
Peters permanecía estendido y sin dar señales de vida, tanto por la pérdida de la mucha sangre que habían vertido sus heridas, cuanto por la impresión de terror que le habían producido los pistoletazos, y el espanto que ocasionan las serpientes á los monos. Viéndole así, le tomé en brazos

y le trasporté á su choza. Creyéndole muerto iba á salir de ella, cuando un apagado gemido me hizo volver á su lado; le dí algunos vasos de agua para disminuir si era posible sus horribles padecimientos y me quedé con él aquella noche. A la mañana siguiente tuvo un momento que me hizo concebir esperanza de que se salvaría, las convulsiones habían cesado, respiraba con mas facilidad, y parecia que se había calmado la fiebre.

Peters! mi pobre Peters! exclamé en un acceso de alegría.

El pobre animal, me alargó su mano, me echó una mirada de afeccion y gratitud que nunca podré olvidar, hizo un esfuerzo para acercarse á mí, pero fué para caer otra vez sobre el musgo y lanzar su último suspiro.

Tres días después me embarqué para regresar á Europa.



ANANAS.

EL ANANAS.

Los que hayan viajado por los países ecuatoriales ó hayan estudiado la jardinería saben que el ananas, que tanto se aprecia y busca en Europa, ofrece un sin número de variedades que difieren por el gusto, color y forma, y que aun hay especies que no son comestibles y sirven solo para la for-

macion de setos. Estas dos subdivisiones están separadas por ciertos caracteres muy marcados y distintos. El ananas que sirven en la mesa, ó el ananas propiamente dicho, tiene las hojas ciliadas en sus bordes; su espiga tiene tambien espesas hojas; sus flores se presentan en un receptáculo común y su corola no forma mas que un solo pétalo, al paso que el ananas de los setos, tiene un recep-

jaculo particular para cada flor y la corola consta en ellas de muchos pétalos. Añadirémos para satisfacer á los aficionados á la botánica que todos los ananas pertenecen á la *hexandria monoginia*, ó á la familia de las narcisóideas; es decir que su carácter consiste en tener un cáliz superior persistente y con tres divisiones, seis estambres muy cortos; un ovario inferior que sostiene un estilo viliforme, terminado en un estigma trilobado, etc., etc. En cuanto al fruto; tiene la forma de baya redondeada, umblicada y contiene numerosas semillas oblongas.

Estos detalles científicos tal vez serán muy poco interesantes para la generalidad de los lectores, la que gusta mas de saber los pormenores del cultivo del ananas. El ananas se multiplica por medio de la siembra y de la implantacion. Los viejos del ananas suministran mas ó menos renuevos, que se quitan con cuidado del tronco á fin de perjudicarlo lo menos posible; dichos renuevos se implantan en un terreno seco y cálido, por el mes de abril. La tierra mas conveniente al ananas es el de una huerta que no debe ser ni muy fuerte, ni muy ligera, ni muy crasa. Arréglase mezclando una tercera parte de estiércol de vaca, ó de otro estiércol corrompido, un sexto de tierra de la mejor que pueda hallarse con una cantidad dada de tierra fresca de prado; cuyo compuesto no debe emplearse hasta el cabo de medio año de estar arreglado.

No hace mucho tiempo que se cultivó el ananas en Europa de modo que fructifique; sin embargo, en las islas mas cálidas de las Indias Occidentales cultivase desde tiempo casi inmemorial.

ULTIMOS MOMENTOS

DE LA IMMORTAL COMPOSITOR

MOZART.

Cuando toda la Alemania, la Francia y la Italia, parecia querer apropiarse las glorias del gran artista Mozart y cuando por efecto de la buena edad que este tenia, creíase habia de dilatarse la época en que la Europa perdiese sus luces, un acontecimiento extraordinario vino á desmentir totalmente esta ilusión. El célebre compositor de la obertura de *D. Jago*, improvisada en menos de tres horas, el autor de la *Flauta encantada*, de la *Clemencia de Tito* y de una infinidad de producciones que con bastante motivo nos sorprenden, debía aun antes de morir dejar un recuerdo glorioso á la posteridad. Pocas personas habrá que ignoren la fama de que tan justamente goza Mozart por su misa de *requiem*; sin embargo no son tan conocidos de todos los últimos momentos en que este célebre compositor dió á luz su colosal trabajo. Nosotros por lo mismo los vamos á referir aunque brevemente.

Habia tiempo que Mozart con la continuación tan estudiva de sus tareas, con los frecuentes viajes que ya á Paris, ya á Roma hacia, se notaba que su actividad decaía por momentos, y además que los acentos de sus composiciones estaban impregnados de cierta tristeza y languidez, que validaban una descomposicion de su cerebro. Su sentimiento mayor consistia en que bajaba al sepulcro en la época en que su fama le proporcionaba mayores triunfos. Muero por mí desgracia, exclamaba, en los momentos en que podria tranquilamente gozar del fruto de mis trabajos, ¡qué triste es tener que renunciar á esta esperanza cabalmente en la época en que por mí mismo puedo triunfar de todos los obstáculos del arte! Efortivamente, era así, parecia que su imaginacion habiendo ya llegado al zenit de su grandeza, estaba destinada á seguir la suerte de los astros, que marchan al ocaso despues de haber tocado los puntos mas elevados del horizonte. Su misa de *requiem* fué compuesta pocos dias antes de su muerte, y se debió sin duda al siguiente suceso.

Un desconocido se presentó un dia en casa de Mozart, y le presentó una carta cerrada y sin firma, en la cual se le pedía emprendiera la composicion de una misa de *requiem*, cuyo precio sería ventajosamente satisfecho, despues de concluido el trabajo, y por último se le decía manifestára el tiempo dentro del cual la habia de concluir. El artista respondió que emplearía un año, pero que no se comprometia á designar un plazo fijo, y solamente rogaba se le dijera el sitio adonde se habia de dirigir despues de concluida la partitura. A poco rato volvió el incógnito conduciendo una segunda carta anónima en la que se le contestaba favorablemente mandándole además no solamente la suma en que Mozart habia regulado su trabajo sino otra considerablemente mucho mayor, pues se le decía en la carta habia graduado con poca estimacion sus honorarios. El prometió como muestra de gratitud á tanta generosidad, que seguiria en la composicion la sola inspiracion de su génio, el que se consideraria doblemente remunerado, si en algun dia podia el autor descubrir la persona que tan noblemente se mostraba con él. Pero esto era en vano, pues se le imponia como obligacion en el contrato no diera paso alguno para descubrir el nombre de la persona á quien se dirigia la partitura, que solo quería ser un admirador secreto de sus talentos.

Al poco tiempo varios príncipes y personajes de Bohemia, invitaron al ilustre compositor para ir á Praga, con el objeto de componer una grande ópera á la coronacion del emperador Leopoldo II, que se verificaba en aquella ciudad. Aunque conoció Mozart el compromiso á que estaba ligado respondió á sus invitadores, aceptandlo con la mayor emoción su agradable propuesta. Pero en el momento en que se disponia con su esposa á subir al carruaje que le habia de conducir á la corte de Leopoldo, se interpuso nuevamente el incógnito exi-

giéndole el cumplimiento de la composición de la misa á que se habla obligado, y reconviéndole por la marcha que emprendia.—No tengas cuidado, repuso el compositor, que cumpliré con mi palabra tan pronto como haya vuelto.—Entonces satisfecho el desconocido se retiró recordándole muchas veces su oferta. No tardó mucho tiempo en volver á Viena donde se dedicó asiduamente á su trabajo, mas su salud que parecia decaer cada día, y las lúgubres ideas de que estaba poseído, dieron desde un principio á la misa un sabor á sentimentalismo, y contricción tal, que hizo creer al artista trabajala, como él mismo decia, para sus *proprios funerales*. Su cabeza se llenó de estas profundas inspiraciones, la sangre se le arrebató al cerebro, y se temió por su vida. Entonces los médicos convinieron en retirar le sus manuscritos cuya medida contribuyó á hacer revivir sus fuerzas y alegría natural, y creyendo estar ya en buen estado para trabajar en su partitura se dedicó con mayor avidez que nunca á su continuación. El *agnus dei*, en cuyo trozo puso un particular cuidado, puede compararse al canto del *Cisne*, porque sus notas reúnen el conjunto de la mas profunda melancolía, á la grandiosidad de la unción religiosa. Todo se encuentra reunido en esta obra, desde los puntos que constituyen la tragedia lírica, basta la música sagrada, y desde el wals, hasta el enarrieto; todo, todo, esprada perfectamente. Mozart ademas introdujo en la orquesta los instrumentos de viento de una manera sorprendente, disponiendo su acorde de tal modo que parecia que los hacia hablar entre el conjunto sin hácerlos confundir jamás. Por esto admiró á la Europa que veia en él el gran maestro de rica instrumentación, de variedad inapreciable, y de sensibilidad artística. Los finales de sus óperas se comparan *al non plus ultra* de la música, teniendo mayor mérito sus producciones por ser escritas con una rapidez que rayaba en precipitación, pues mientras componia en su cabeza un trozo entero de música iba paulatinamente transcribiendo al papel las inspiraciones de su genio.

Pocas horas antes de espirar el día 5 de diciembre de 1791, aun no teniendo todavia 35 años cumplidos, hizo Mozart que le llevaran á su lecho la célebre misa á quien dió sus últimos toques, y acentos, antes de exhalar el último suspiro. La misa fué depositada en el lugar convento sin que se haya sabido la persona para quien se hizo, aunque se sospecha fuésé uno de los príncipes parientes del emperador. Aun estaban calientes las cenizas del infortunado Mozart y el Austria toda se deshacia á lenguas al escuchar la postrema producción del primer compositor del mundo. Ha habido posteriormente algunos biógrafos que encuentran entre Mozart y Rafael muchos puntos de semejanza, pues que tan grandes artistas no solo se aproximaron bastante al camino de la gloria, sino que aun en el triste fin de su muerte se asemejaron, por morir ambos de una misma edad.

Eugenio G. DE GREGORIO GONZALEZ.

LA ÁGUILA BLANCA.

El águila una al poderío de las armas que la naturaleza le dió, vigor y dureza de cuerpo, fuerza de alas y piernas, brevedad de actitudes, penetrante ojeada y rápido vuelo, atributos imponentes que la han hecho céntrica desde la antigüedad mas remota. La mitología consagróla á Jupiter, y la representó con los rayos del rey de los dioses entre las garras. La imagen en relieve de un águila colocada al estremo de una pica, fué insignia de los persas, de los romanos, y de los franceses durante el régimen imperial. Estas alegorías ingeniosas están fundadas en hechos, bien que se han mezclado con ellos estrañas ficciones, sacadas de cualidades imaginarias.

No nos detendremos en enumerar toda la muchedumbre de las que se han atribuido al águila, con todo, hay entre ellas cierta cualidad que es muy digna de notarse por su union con las humanas locuras, y que por lo mismo no podemos pasar en silencio. La autoridad mas digna de respeto al parecer le presta apoyo, pues en efecto la sagrada escritura dice: Tu juventud renacerá como la del águila, (*Renovabitur ut aquila juvenis tua*) y los alquimistas del siglo pasado, los aficionados á Raimundo Lullo, á Arnaldo de Villanueva, otros partidarios de la piedra filosofal, se prevallieron de este pasaje, escrito en sentido figurado, para buscar una medicina universal, cuyos principales efectos debian consistir en el rejuvenecimiento. Este maravilloso medicamento se sacaba, segun dicen, de la carne y sangre de la tortuga; puesto que afirmaban que el procedimiento de que el águila se valia para recobrar su juventud, era de vorar una tortuga levantándola en alto, y luego dejándola caer para romper la concha. Pero lo que hay de cierto es, que el águila vive mucho tiempo, pues Klein habla de una que vivió en Viena ciento y cuatro años privada de libertad.

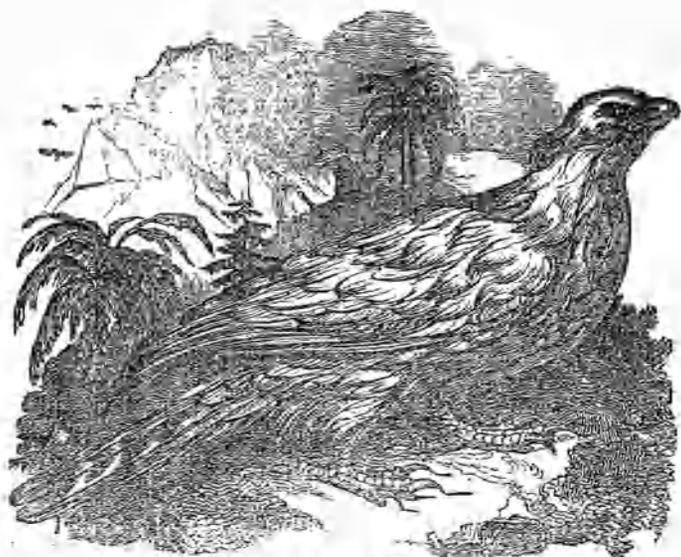
A medida que el águila envejece va perdiendo su plumaje el color oscuro, y tomando tintas blancuzcas, hasta que se vuelve enteramente blanco en algunos puntos: igual cambio de color producen las enfermedades, el hambre ó la escasez demasiado duradera. Los aguiluchos nacen cubiertos de un plumon blanco, y sus primeras plumas son de color amarillo descolorido. En cada nido se encuentran por lo regular dos aguiluchos, á veces uno, y es muy raro hallar tres. El nido esta compuesto de una especie de entablado sólido de algunos pies de ancho, y de palitos de cinco á seis pies de largo, fijos por los extremos y atravesados con ligeras ramas entretejidas y cubiertas con varias capas de juncos y maleza. Por lo regular construye el águila su nido entre dos peñascos, cuya parte saliente forma el techo y dá sombra, y á veces lo construye en la cima de algun grande árbol.

El ojo del águila es un verdadero campo de carnicería: casi siempre está lleno de despojos de animales, pedazos ensangrentados, y hasta animalillos enteros, destinados para satisfacer la voracidad de los aguiluchos. Los animales montesinos, las liebres, bezorros, corderos, cabras, ocas y grullas, son los mas comunes objetos de su presa. No ignoraran sin duda nuestros lectores que alguna vez el águila se arroja sobre muchachos de cuatro y cinco años y los arrebatá. Cuando se apoderan de una presa demasiado grande y pesada, la matan en el mismo sitio, no sólo con repetidos y vigorosos picotazos y fuertes arañazos con sus terribles garras, sino que sus alas, cuya fuerza es prodigiosa, acaban la obra con recios aletazos: entonces sacian su voracidad con la sangre y car-

ne del animal que ha sido su víctima. En estado de cautividad se las vé beber y aun bañarse con placer; no obstante dícese que cuando libres no beben, ó beben muy poco, bastando á apagar su sed la sangre de sus victimas.

El natural del águila es sombrío como los sitios donde tiene su morada; la que eligen y esconden en los lugares más altos, solitarios, fragosos é inaccesibles. Guarda habitualmente un silencio feroz, ínterumpido alguna, aunque rara vez, por un graznido agudo, penetrante y quejumbroso. Cada pareja vive aislada, puesto que necesita bastante espacio para abastecerse de abundante presa, y no pudieran subsistir muchas parejas en sitio reducido.

Quando la atmósfera se presenta serena y diá-



Agulla blanca.

lana, eleva el águila su vuelo á prodigiosa altura, pero cuando el tiempo está nublado se le vé volar mas bajo. Rara vez abandona las montañas para descender al llano. La gran fuerza muscular de que está dotada, la hace capaz de vencer la violencia de los vientos mas impetuosos. Mr. Ramond refiere en su *viage á Mont-Perdu*, que habiendo llegado á la cumbre de este monte, el mas alto de los Pirineos, no vió ningun ser viviente; solo un águila que pasó por encima de su cabeza, llevando su vuelo en dirección opuesta á la de un impetuoso viento sudeste con una rapidéz inconcebible.

El águila carece de olfato, pero su vista es incomparable. Engorda particularmente en invierno, y su gordura es blanca; la carne, aunque dura y fibrosa, no tiene aquel sabor agreste, propio de

las aves carnívoras. La ley de Moisés la prohibió á los judíos, pero no es manjar muy sabroso para echar de menos su uso.

Tratóse de sacar partido de la fuerza y valor del águila grande para la caza de cetrería; pero hace mucho tiempo que los halconeros la desecharon: en primer lugar, porque su peso hacía muy incómodo el llevarla sobre el puño, y luego por su instinto indócil y maligno. No obstante, úsanla en los países de Persia y de las Indias. Los Kirguis hacen grande aprecio de las águilas jóvenes, (que llevan allá los rusos como objeto de comercio y de cambio) pagándolas á subido precio para adiestrarlas en la caza de animales monteses. Dichos pueblos juzgan de las disposiciones del ave por ciertas señales y movimientos, pues no

todas son susceptibles de adiestrarse. El Kirguis da á veces un hermoso caballo en cambio de un águila jóven que le pareciera de buenas cualidades, al paso que no diera ni un carnero, ni la mas baja moneda de cobre, por otra que carezca de los requisitos que desea. A veces pasa horas enteras contemplando un águila, para examinar con toda detención aquellas señales ó indicios de sus buenas ó malas cualidades.

La especie de *águila grande ó real*, que pertenece al antiguo continente, escasó ya en Europa en tiempo de Aristóteles: ahora es aun mucho mas rara, pues á mas de multiplicar muy poco, las armas de fuego han destruido un gran número de sus individuos en aquellos sitios donde era antes imposible alcanzarlos.

Se encuentran águilas en las cimas de las altas cordilleras de montañas de Europa, del Asia Menor, de la Tartaria etc., lo mismo que en el norte de Africa, en las cumbres mas salientes del Atlas; pero son mas comunes en la Rusia occidental, en Siberia, y en el país de los Ostiacos, vecinos al círculo polar ártico, en la península de Kamtschatka; la cual prueba, contra la opinion de Buffon, que el águila grande antes debe encontrarse entre las aves propias de los países frios, que de los climas calientes.

Sin hablar del *águila grande ó real*, y del *águila comun*; vamos á examinar el *águila blanca*. Buffon y otros muchos naturalistas afirman que forma el águila blanca una simple variedad de la especie del águila grande; pero Sonnini hace notar que el individuo mas viejo de esta especie jamás adquiere la brillante blancura del águila blanca, la que solo tiene negras las puntas de las alas, blancura que ha sido comparada á la del cisne ó de la nieve.

Hay además diferencia de hábitos entre ambas especies; la blanca, menos fiera, menos valiente, y menos rápida en el vuelo, arrojase solo sobre los animales pequeños, y á veces sobre los peces. Esta especie se ha hecho muy rara en Europa. En tiempo de Alberto el Grande, se veían con frecuencia en los Alpes, en las peñas del Rhin, y en Polonia. Es sabido que en esta nacion el águila blanca es el emblema nacional; por lo que en uno de sus famosos cantos decía el poeta *Bartelmy*:

«El águila blanca mira en el fondo de los desiertos cielos si el águila fraternal que oprime los aires llega á Varsovia.»

Los naturales de la Luisiana dan á las plumas blancas con que adornan sus pipas el nombre de cola de águila. Hay tambien en esta parte de América, y en las Floridas, aves de presacuyas plumas de la cola sirven á los Crekos ó Muscogulgos de estandarte real; á cuyas aves, que no son otra cosa que una especie de buitres, dan estos pueblos el mismo nombre que los naturales de la Luisiana.

ANUNCIOS.

GUIA DEL VIAGERO EN ESPAÑA

SEGUNDA EDICION.

considerablemente corregida y aumentada.

Comprende una noticia histórica, geográfica y estadística del reino; descripción de las principales poblaciones que atraviesa el viajero en todas las carreteras generales y transversales; distancia de la capital á las principales ciudades y de estas entre sí, son un cuadro estadístico de las provincias de España, partidos en que se dividen, número de pueblos, de vecinos y de almas de que constan, con un apéndice que reúne cuantas noticias puedan apertecerse relativas á comunicación y transporte; diligencias, correos, carros, galeras, ordinarios, mensajerías, fondas, cafés, baños, aguas minerales, ferias, mercados &c. &c.

Un tomo en 8.^o de mas de 500 páginas, edición compacta.

Se vende á 16 rs. en rústica, 18 encartonado á la inglesa, y 20 en pasta, en Madrid en el Gabinete literario, calle del Príncipe y en la administración de diligencias Peninsulares. En las provincias en casa de todos los corresponsales del señor Mellado, editor, y en las administraciones de correos y diligencias.

ESPAÑA GEOGRÁFICA,

HISTÓRICA, ESTADÍSTICA Y PINTORESCA.

Un tomo de mas de 1,000 páginas en 4.^o mayor, edición de lujo, con preciosos grabados que representan vistas de los monumentos y poblaciones notables, y trages de todas las provincias, impreso con toda elegancia y esmero en esquisito papel. Al fin de la obra se dará un mapa de España y un cuadro espresando la distancia de Madrid á todas las capitales y de estas entre sí, con las correspondientes portadas y cubiertas para la encuadernación. Se publica por tomos ó por entregas á elección del suscriptor; pagando el tomo de una vez antes de publicarse la entrega quinta solo costará 30 rs. en Madrid y 56 en provincia. Después de la publicación de esta entrega el suscriptor pagará tantas cuantas tenga el tomo á razón de dos rs. cada una, y diez rs. por cuatro en provincia. Las entregas constan de dos pliegos dobles de impresión, y se reparten dos cada semana desde la última de mayo.

Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe núm. 25, y en las provincias en casa de todos los corresponsales del establecimiento tipográfico del señor Mellado, editor.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
DE DON F. DE P. MELLADO.—EDITOR,
calle del Sorlo, núm. 11.